

nocido expediente de morderse los labios.

Tal era la situación de su ánimo, cuando los curiosos que tenía delante se movieron abriendo paso á una mujer, detras de la cual venía un hombre.

Al ver ésta al caballero, se detuvo y le dijo, como quien pone la mano sobre lo que busca :

—Aquí está.

Luégo, volviéndose al hombre que la seguía, añadió :

—Éste es.

CAPÍTULO XIII.

Ahora veremos cómo algunas veces es más fácil subir que bajar.

El incendio seguía formidable, extendiéndose por toda la cubierta de la casa. Se había hundido el tejado arrojando al aire nubes de polvo y de humo, y algunas vigas empotradas en las paredes ennegrecidas asomaban sus puntas ardiendo, y parecían antorchas colocadas de trecho en trecho para alumbrar el incendio.

Las llamas aparecían de vez en cuando en las ventanas del cuarto piso, como si quisieran ver lo que pasaba por la calle.

Se oía un rumor sordo y profundo semejante á ese trueno lejano que nos anuncia la proximidad del mar; y más que oírse, se sentía.

Aquel rumor era la respiracion del incendio.

El número de los espectadores crecia; por todas las calles inmediatas affluid la gente agitándose en continuo oleaje; á larga distancia se oia el fuego, y por todas partes se veia el reflejo de las llamas.

Un hombre salió de la masa de espectadores más próxima á la casa; iba en mangas de camisa y sin nada en la cabeza; llevaba en la mano derecha una cuerda de cáñamo echa un rollo, y de uno de sus extremos colgaba vigorosamente atado un garfio de hierro.

Este hombre llegó al pié de uno de los balcones de la casa y arrojó el garfio, que quedó enganchado en el pasamano del balcon.

La cuerda se deslió cayendo al suelo, y el hombre se suspendió en ella, y adelantando primero una mano y luégo otra, y comenzó á subir lentamente.

Estó no produjo admiracion ninguna; el balcon no estaba muy alto, aunque pertenecia al piso principal, y la ascension no era difícil; ademas, la habia ejecutado con tanta seguridad y desahogo, que á los espectado-

res les habia parecido una cosa muy fácil.

Una vez en el balcon, recogió la cuerda, desenganchó el garfio y lo lanzó al balcon del piso segundo tan hábilmente, que quedó enganchado como en el balcon del piso principal.

Rechinó el hierro del garfio oprimido contra el hierro del balcon, y el hombre apareció en el aire suspendido entre los dos balcones.

La multitud que veia esto, guardó un profundo silencio, mientras el hombre subia lentamente por la cuerda sin más auxilio que el de sus brazos.

Hubo un momento de ansiedad, porque suspenso en la cuerda y asido á ella con entrambas manos, se vió repentinamente iluminado por un resplandor más vivo, y pareció que vacilaba.

Todos los ojos que podian verle tenian en él fijas sus miradas.

El fuego que acababa de brillar con claridad intensa, se escondió por algunos instantes, envolviendo en la sombra la figura fluctuante del hombre asido á la cuerda.

Los espectadores se agitaron dejando escapar un murmullo sordo que recorrió toda la extensión de la muchedumbre; no veían bien el espectáculo, oscurecido precisamente en el momento de más interés, en el más crítico momento.

Aquella sombra repentina pasó como un relámpago de oscuridad, y el incendio, levantando con más brío sus inquietas llamas, volvió á brillar, iluminando con sus reflejos la fachada de la casa.

El hombre había desaparecido; parecía que se lo había tragado la pared.

La cuerda pendía de los hierros del balcón, balanceándose con indolencia.

¿Dónde estaba el hombre?

El hombre estaba en el balcón; había trepado á él durante aquel momento de oscuridad, y la multitud lo vió recoger la cuerda como si se preparara á subir el tercer peldaño de tan extraña escalera.

—¿Dónde va ese hombre? preguntaban algunos.

—Ese hombre, decían otros, va en busca de tres mil duros.

—Bravo, se conoce que tiene más corazón que dinero.

—Eso es una barbaridad, exclamó uno. No se debía permitir que un hombre se jugara así la vida.

—Toma, replicó otro, es un negocio. Él pone la vida, que debe ser todo su capital; si pierde, cero al cociente, y si gana se mete sesenta mil reales en el bolsillo.

—¿Y vale sesenta mil reales la vida de un hombre?

—Segun y conforme; el que se muere de hambre la da por mucho ménos.

—Pero estamos presenciando aquí un suicidio por sesenta mil reales.

—¿Y cuántos no se suicidan por mucho ménos?

—Ese hombre debe estar desesperado.

—O sin un cuarto, que es lo mismo.

—¿Y se juega la vida de ese modo?

—No señor; de ese modo se busca la vida.

—El hombre es una bestia salvaje.

—Es posible; pero es una bestia muy industriosa. ¿No hay quien se alquila para ir al patíbulo?

Un tercero, que debía ser ecléctico, intervino en la conversacion, diciendo:

— Ese hombre necesita dinero y lo busca de ese modo; él se sabrá sus cuentas; pero en sustancia, lo que hay que pensar es que sería mucho peor que los robára.

Una voz, repetida por diferentes bocas, gritó de improviso, cortando todas las conversaciones.

— Silencio..... ya sube.....

Silencio, dijo la voz, como si para ver fueran necesarios los oídos.

La voz, sin embargo, fué obedecida y el silencio se extendió por la multitud.

Habia momentos en que se oían las respiraciones.

El garfio, lanzado por tercera vez con igual destreza, se agarró al pasamano del balcon del piso tercero; la cuerda quedó pendiente, oscilando, como si temblára de verse suspendida, y el hombre comenzó á subir por ella, elevando el cuerpo poco á poco.

Cada vigorosa contraccion de los músculos de sus brazos, era, digámoslo así, un paso. Sus manos se agarraban á la cuerda

como las garras del águila á su presa. Hubo un momento, en que encogiéndose juntó los piés, apoyándolos en la cuerda que por debajo de él colgaba.

Aquel auxilio pedido á sí mismo, hizo creer que sus fuerzas empezaban á agotarse, y salió de la multitud un rumor que queria decir: «Se cansa.»

El hombre se detuvo y paseó su mirada por aquella alfombra de cabezas que se movía á sus piés.

¿Era un alarde de vigor ó una señal de desaliento?

Aquella mirada, ¿pedia admiracion ó socorro?

Unos decian: «cae.»

Otros decian: «llega.»

En el mundo civilizado, en Lóndres, por ejemplo, aquella multitud habria aprovechado la ocasion de ganar dinero, y se hubieran abierto apuestas *respectables*, jugando unos á la vida y otros á la muerte de este hombre.

Esto es, á la *alza* ó á la *baja* de aquel cuerpo oscilante como una bolsa.

Pero aquí nadie pensó en ello.

No se les ocurrió que se podía desear la muerte desastrosa de ese hombre, á trueque de ganar algun dinero.

El hombre siguió trepando por la cuerda en medio del silencio de la multitud, y alumbrado por el resplandor intermitente del incendio.

Se hallaba á punto de asirse á los hierros del balcon del tercer piso.

Un esfuerzo más, y estaba arriba.

La gente apretaba como si pudiera ayudarle; cada uno hacia un poco de fuerza; é! que ménos, contenia la respiracion; era un ejercicio, en el cual todos tomaban parte.

La ansiedad era inmensa.

Todo dependia de un momento.

Era imposible separar los ojos de aquel silencioso espectáculo.

Todas las bocas estaban entreabiertas, prontas á lanzar un grito de horror ó de triunfo.

Esta situacion pasó, y la multitud respiró.

El hombre habia asido al fin los hierros del balcon, y habia saltado dentro como un gato.

Estaban entreabiertas las persianas y cer-

rados los cristales del balcon; é! separó á aquéllas abriéndolas como las dos hojas de un libro, y empujando vigorosamente, desunió las puertas que le detenian el paso; los cristales saltaron rompiéndose en mil pedazos, y el hombre fué á entrar, pero retrocedió y se detuvo.

Una bocanada de humo negro y espeso se echó sobre é!, envolviéndole como si quisiera ahogarle.

El fuego habia penetrado ya en aquella habitacion.

Lo que hubiera que hacer allí habia que hacerlo pronto, porque el techo calcinado humeaba, esperando el momento próximo de desplomarse.

El hombre inclinó la cabeza como el toro que embiste, y entró en la habitacion.

Pasó un minuto.

Entre todos los espectadores habia uno dominado por una ansiedad más viva, de la que daban muestra su inquietud y sus exclamaciones.

Junto á é! habia una mujer que lo seguia como la sombra de su cuerpo.

Donde iba él iba ella.

No lo perdía de vista ni un momento.

Este personaje era el caballero á quien ya conocemos, y la mujer era Juana, á quien quizá no conocemos bien todavía.

El hombre que habia escalado la casa y que habia penetrado por el balcon, volvió á aparecer en él, como arrojado por otra bocanada de humo.

Su aparicion fué recibida con un murmullo. La multitud silenciosa, casi muda durante un minuto, necesitaba aquel desahogo.

El hombre apareció en el balcon mostrando en la mano un objeto, cuya forma no se distinguia bien desde la calle; pero pronto se supo lo que era, porque el caballero, adelantándose hasta colocarse debajo del balcon, alzó las manos como el que espera algo, gritando: «venga.»

El objeto descendió y el caballero pudo cogerlo en el aire.

Era la cartera de terciopelo azul tan vivamente deseada.

Juana la vió caer como si hubiera visto

caerle la lotería; para ella aquella cartera encerraba tres mil duros.

El negocio estaba hecho.

Sólo quedaba que el que habia subido bajara; y esto era lo de ménos, porque quien habia subido con tanta seguridad, claro es que habia de bajar sin dificultad ninguna.

Juana no volvió á mirar al balcon, pues necesitaba sus ojos para no perder de vista al caballero.

Pero el hombre no bajaba, porque no podia bajar.

Todas las dificultades de la empresa estaban vencidas, pero habia una circunstancia imprevista traidoramente oculta; un incidente de esos que están siempre fuera del cálculo humano, y que de repente se presentan con aspecto inexorable echando por tierra los más grandes proyectos de los hombres.

Lo que habia sucedido era muy natural, tan natural como imprevisto.

Al arrojar la cartera á la calle, no vió que el garfio asido á la cuerda que le habia servido para subir, permanecia enganchado al

pasamano del balcon, y con su propio brazo, al lanzar al aire la cartera, lo desprendió, cayendo á un mismo tiempo á la calle la cartera y el garfio.

Su situacion no podia ser más angustiosa; se le cerraba el único camino por donde podia huir en el momento en que el fuego se le echaba encima.

Crujian las maderas del techo sobre su cabeza como huesos que se dislocan, y las paredes se desconchaban á su alrededor como queriendo facilitar paso á las llamas.

Habia buscado una salida inútilmente.

La multitud lo veia aparecer y desaparecer como una sombra entre las bocanadas de humo cada vez más frecuentes y más espesas que el incendio arrojaba por el balcon, y se habia oido ya dos ó tres veces su voz ronca gritar: «Socorro..... socorro.»

Todos querian salvarle, pero ninguno se atrevia á salvarlo.

Cada cual proponia un medio que los demas deseaban por imposible; todos gritaban y nadie lograba entenderse.

El caballero oprimia bajo su brazo iz-

quierdo la cartera salvada de la voracidad del incendio, y miraba al balcon poseido de verdadero espanto.

Juana lo tenía cogido de los faldones del gabán con entrambas manos y no le soltaba.

—¡Qué desgracia! decia; mi marido va á perecer. ¿Qué va á ser de mis hijos? Usted tiene la culpa. Usted es la causa de este desastre..... ¡Dios mio, Dios mio, qué desventura tan grande!

Juana sollozaba estas palabras; sus voces eran gemidos, pero no habia ni una lágrima en sus ojos.

La gente la contemplaba con profunda compasion, porque, en honor de la verdad, sus gritos partian el alma.

El Marqués estaba atónito; comprendia que los gritos de Juana excitaban contra él el ódio de los circunstantes, y él, que hubiera dado la mitad de su vida por salvar la de aquel hombre, se veia en la necesidad de defenderse de aquella acusacion:

«V. es la causa de este desastre.»

Él era la causa en efecto; aquella maldi-

ta cartera iba á costar la vida á un pobre padre de familia.

La cartera era el cuerpo del delito á los ojos de aquella multitud, que compadecía á la mujer y empezaba á murmurar del caballero.

—Yo, balbuceaba éste, respondo de todo. Si sucede una desgracia doblaré la suma.

—Yo no quiero nada, exclamó Juana, dejándose caer en el suelo; yo sólo quiero que me vuelvan á mi marido.

—Tiene razon, dijeron algunos.

Otros, más filósofos, añadieron:

—Tiene razon; pero al fin, los duelos con pan son meños.

Al oír esta sentencia, Juana asió más fuertemente al caballero y prorumpió en un torrente de sollozos.

—Tranquilícese V., le dijo éste, vivamente conmovido; yo no abandonaré jamas á su familia.

Entre tanto, el pobre hombre salía al balcon y gritaba cada vez con voz más ronca, y volvía á entrarse, no sabiendo qué elegir, entre arrojarle á la calle por el balcon, ó ar-

rojarse á la escalera, que llameaba como un horno.

El caballero juraba y perjuraba; prometia cuanto humanamente podía prometerse á los que se atrevieran á acudir en socorro de aquel hombre, pero nadie se atrevia.

Consejos habia muchos, planes diferentes, pero manos ninguna.

Hacia dos minutos que el hombre habia desaparecido del balcon y no habia vuelto á asomarse.

¿Habria encontrado salida por alguna parte?

Él era valiente y ágil; la casa tenía un patio estrecho semejante á un pozo, y este patio tenía ventanas.

Podia ser esto, y tambien podia ser que el humo lo hubiera sofocado; ello es que el balcon continuaba desierto.

De repente se estremeció la tierra bajo los piés de la multitud, y un trueno prolongado y profundo resonó dentro de la casa; nubes de polvo y de humo llenaron las calles, y millones de chispas crujieron en el aire; por las aberturas de los balcones del

piso tercero se vió claramente el incendio agitar sus llamas triunfantes; se habia hundido el segundo techo de la casa.

La multitud dió un grito comprendiendo que aquel infeliz habia perecido aplastado por el techo que acababa de desplomarse.

Tal fué el fin del maestro de obras.

Juana, al perder á su segundo marido, habia encontrado una segunda mina.

El llanto de esta segunda viudez valia mucho dinero; cada lágrima se le pagaba á peso de oro, y Juana fué desde entónces un almacén de lágrimas, que el caballero se encargaba de enjugar.

¿Y Magdalena?

Magdalena se habia quedado sin padre. Juana no supo consolarla, y la pobre niña se consoló poco á poco á fuerza de llorar.

Cuando supo su desgracia, exclamó:

—Dios mio, ya estoy sola en el mundo.

—Sola no, dijo Juana; todavía estoy yo aquí.

Magdalena no replicó ni una palabra, pero las gentes que la oyeron, debieron pensar: ¡Qué mujer tan buena!

Sin embargo, todavía no conocemos bien á Juana.

Algunas veces hablaba sola, y Margarita la oyó decir un día:

—«Yo no tengo la culpa; lo mismo que pudo subir hubiera podido bajar; fué muy torpe, muy torpe.»

Magdalena oyó esto y no preguntó nada, y empezó á mirar á Juana con una pena que ella no sabía explicarse.

Deseaba quererla y no podia conseguirlo.